

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal, con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

«Esta precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos).

Dicen que dicen...

Era domingo, la mañana estaba hermosa, y la plaza del pueblo ofrecía un aspecto pintoresco, y animado. Corrillos de hombres diseminados acá y allá; muchachas que iban y venían de la compra con su cesta al brazo, pañuelo de crespón al talle, y toda una maceta de albahacas y claveles en la cabeza; grupos de chiquillos que corrían, gritaban y jugaban á la rayuela, saltando á pié cojito: un sacamuelas que subido en una mesa, pregonaba sus específicos *infalibles*; un partidario de *Lagartijo* que disputaba con un partidario de *Frasuelo*; el alguacil que publicaba un bando del alcalde; un ciego que ofrecía, por dos cuartos, un nuevo y curioso romance; un perro que corria arrastrando una lata que los chiquillos le habían atado al rabo; dos mujeres que reñían agotando el repertorio de los insultos callejeros; un mozo de barbería que, sentado á la puerta de su tienda, dejaba oír, acompañándose de la guitarra, los quejumbrosos acentos de la *soleá*, y mil y mil ruidos que resonaban por todos los ámbitos de la plaza, todo ello formaba un conjunto lleno de vida, animación y alegría, imposible de describir.

A la puerta de la casa ayuntamiento se hallaban reunidos, riendo y charlando, hasta siete ú ocho jóvenes que, por su exterior, parecían pertenecer á lo más escogido del pueblo. De pronto uno de ellos, Curro López, dijo volviendo la cabeza:

—¡Mariquita Velázquez!, por allí viene.

Suspendióse la charla como por encanto, y todas las miradas se dirigieron hacia el sitio que Curro López indicaba...

En efecto, por uno de los ángulos de la plaza había penetrado, acompañada de su anciana madre, Mariquita Velázquez guapísima muchacha, discreta y simpática, que se llevaba la palma de la hermosura en diez leguas á la redonda, y traía vuelto el juicio á todos los mozos del pueblo y de las cercanías. Iba vestida con sencilla elegancia, y á

pesar de ser una hija del pueblo, revelaba en todo su exterior *e-e no sé qué* naturalmente aristocrático y distinguido, que atrae y subyuga desde luego. Al pasar cerca del grupo saludó con exquisita gracia, y todas las cabezas se descubrieron á un tiempo con ese afecto que inspira siempre una modesta hermosura, con ese instintivo respeto que infunde la mujer honrada, hasta á los más libertinos.

Apenas las dos señoras se hubieron alejado algunos pasos, dijo Curro López, bajando la voz, y con aire misterioso:

—¿No sabéis lo que ocurre?

—¿Qué ocurre?—contestaron todos.

—Pues que Mariquita ya no se casa.

Alargáronse todos los cuellos, enarcáronse todas las cejas, entreabriéronse todas las bocas como para replicar, y Pepe Téllez replicó al fin, en el como del asombro:

—¡Pero hombre!... ¡Si me dijeron anoche las de Aguado que hoy comenzaban á publicar las amonestaciones!

—Pues ahí verás tu: no se casa.

—¿Pero, qué ha pasado?

—Si no sé...—y luego añadió, bajando la voz y mirando con recelo á todas partes, aunque no pasaba nadie por allí:—Dicen que dicen...

Expectación general.

—Vamos, hombre, dílo ya; que lo sepamos!

—No lo sé fijamente, pero ello debe ser cosa grave... Vosotros sabéis que Antonio visita con frecuencia la casa de Mariquita, y esto, claro está, no había de agradarle al novio; no sé qué puede haber visto éste, pero es el caso que, según él mismo ha dicho, ha tenido que retirarse. En fin señores ¡allá ellos!

—¡Eso no puede ser! ¡Eso es falso—arguyó con calor el que parecía tener más edad de la reunión—Mariquita es una muchacha honradísima, y el novio es un *quidam*, que se presentó aquí de la noche á la mañana, sin que nadie supiera de dónde había venido. Apuesto ciento contra uno á que lo que aquí ha ocurrido es que Mariquita ha visto al fin que la moneda era falsa, y ha

propinado al galán un par de calabazas... como se las ha propinado á otros—terminó con marcada intención, mirando de reojo á Curro López, que era uno de los muchos *desengañados* por Mariquita Velázquez.

Así era en efecto. Mariquita había podido advertir á tiempo que la moneda que en un principio tomara por oro de buena ley, seducida por las apariencias, como ocurre tantas veces, resultaba falsa, según dijo con razón su defensor, y despidió bonitamente al doncel. Este, en los primeros momentos de despecho, cometi6 la villanía de manifestar en el casino algo de lo que hemos oído á Curro López, y no fué necesario más para que se pusiera en tela de juicio la honradez de Mariquita, á pesar de ser tan notoria, y á pesar de que todo el mundo sabía que las relaciones que unían á Antonio Gómez y á su familia con Mariquita y la suya, eran antiguas, íntimas y honestas.

La conversación giró al fin sobre otros puntos, pero indiferente y distraída... Aquel diabólico *debe ser cosa grave*, la comentada intimidación de Antonio Gómez y Mariquita, y la *retirada* del novio de ésta, produjeron su efecto. Exceptuando al que hemos visto defender á Mariquita, todos los demás se encargaron de dar remate interiormente á aquella miserable fábula, sin tener en cuenta, por supuesto, aquellas palabras de nuestro Señor Jesucristo, *no juzguéis y no seréis juzgados*, sino, por el contrario, navegando á velas desplegadas por el peligroso mar de los juicios temerarios... Conviniéron, pues, en que la cosa debía ser grave, y así lo manifestaron aquella noche en la tertulia del médico, cuyos desocupados concurrentes eran sumamente duchos en el oficio de quitar pieles humanas.

Al día siguiente á esta escena, gracias á la envidia de las uvas y al despecho de los otros, á la malicia de aquéllos y á la necedad de éstos, la maledicencia clavaba su diente enconado y feroz en la impia fama de Mariquita Velázquez, y la honra de ésta rodaba por los suelos y se pisoteaba como un guijarro por tertulias y corrillos... Pero no paró aquí todo. Una

solterona vieja y fea, que odiaba á Mariquita por el gravísimo delito de ser ésta joven y hermosa, apresúrose á presentarse en su casa temiendo que otra se adelantara á dar la noticia. Llamó á parte por prudencia, á doña Angustias, que así se llamaba la madre de Mariquita; y después de disertar algunos instantes sobre lo perdidos que estaban los tiempos y sobre los perjuicios que causan las malas lenguas, le soltó sin tomar resuello todo lo que había oído y lo que no había oído.

La pobre señora quedóse yerta... Vió puesta en lenguas la honra de aquella hija idolatrada á quien llamaba la luz de sus ojos, de aquella hija que había procurado educar, y había educado en efecto, en el santo temor de Dios, haciendo de ella un modelo acabadísimo de virtud, y sintió que el frío de un puñal le traspasaba el corazón... Su salud, sumamente debilitada por la edad y los padecimientos no le permitió resistir aquel golpe, y á los pocos días de este suceso espiraba entre los brazos de aquella hija tan amada, á quien dejabasola en el mundo y con el alma transida de pena...

TEOFILO

El Padre nuestro de Pepin

Es hora ya de rezar vamos, hijo, de rodillas y no vuelvas á pararte como sueles otros días en medio de la oración. Ya la tienes muy sabida, pues además de muy corta es oración tan sencilla que hasta los nenes la saben. Vamos; dí conmigo... aprisa: El pan nuestro—el pan nuestro—de cada—de cada—día—día—dánosle... Otra vez! Pero, ¡hombre! ¿qué significan esas pausas importunas y eso que vas á escondidas entre dientes murmurando? Dí, quiero que me lo digas... Vamos, Pepe, que un buen hijo manifiesta sus cosillas á su madre sin temor. —Te lo diré, madre mía, mas sólo á tí y al cielo: es que á mí me parecía el pan á secas muy seco y por eso á callanditas le pedía á mi buen Padre, ya que de mí tanto cuida, que, si fuese de su agrado, con el pan de cada día me diese de vez en cuando un poco de mantequilla.

(Páginas Escolares)

Lección de un turco á un cristiano

Los turcos, no sólo toleran por lo general, pero aún favorecen las grandes solemnidades del culto católico. Así en Constantinopla se ve á las tropas formando la carrera para la procesión del *Corpus Christi*, á la que concurren las músicas militares y acompaña una numerosa escolta.

Un año se empeñó un francés en atravesar la calle por donde pasaba la procesión, sin ceder á las observaciones de los soldados turcos. Al fin, uno de ellos dijo al francés.

—Eres tú cristiano?

—Ciertamente—respondió el francés.

—Pues bien—le respondió el soldado—entonces, deja pasar á tu Dios, tú pasarás después de Él.

El francés permaneció confuso en su puesto.

UNA CITA NOTABLE

«El Papa no puede ser ciudadano de un grande Estado, bajando del trono al que le elevara todo el mundo católico. Es preciso que sea en su casa príncipe y señor y que á nadie obedezca»

Pronunciáronse estas palabras en 18 de Noviembre de 1864.

¡Y en la Cámara de diputados de Italia!

¡Y por Francisco Crispi!

¡JESUITAS!

Hoy no es mi intención hacer la apología de la Compañía de Jesús Ni me siento con fuerzas para ello, ni cabe el hacerla cumplida en los estrechos límites de un artículo. Además, que varones insignes en santidad y sabiduría han ensalzado ya á esa esclarecida Orden con las más grandes alabanzas de sus plumas y de sus labios.

Sólo quiero dedicar un recuerdo á San Ignacio de Loyola en su día; y como la Religión que él fundó es el mejor testimonio de la grandeza de su espíritu, de ella voy á tratar ahora brevemente.

El noble caballero D. Iñigo de Loyola pasa hambre, pasa sed, sufre cansancios y fatigas. No viste ya el airoso ferreruelo, ni ciñe el talabarte del que cuelgue la bien templada espada. Grosero saco cubre sus carnes, atormentadas por cruel cilicio; lleva largo el cabello, demacrada la faz, los pies desnudos, y así pasea su pobreza por los caminos de Cataluña. Unos le llaman loco, otros le llaman santo; dicen que estuvo ocho días en Manresa tendido en el suelo como muerto, y hay quien asegura haberle visto el rostro lleno de resplandores.

El Santo penitente va á Tierra Santa, vuelve, pónese en Barcelona, á la edad de treinta y tres años, á estudiar la Gramática entre niños. Es que quiere almas, y convencido de que no podía contentar su celo sin el auxilio de las letras humanas, determina aplicarse al estudio.

Luego, vestido con humilde sotana,

lo vemos en las Universidades de Alcalá y Salamanca, estudiando, haciendo bien.

Ya está en París... Sus ansias de salvar almas crecen, vislumbra algo grande, arde su corazón en el celo de la divina gloria, y lanza al viento la bandera inmortal entre cuyos pliegues brilla el augusto nombre de Jesús.

A alistarse bajo tan poderosa enseña acuden siete denodados campeones, entre los que se hallaban Javier y Lainez. Con ellos ofreció Ignacio á Nuestra Señora en su templo de Montmartre, el día 15 de Agosto de 1534, las primicias de aquella gloriosa legión que entonces nacía para reñir contra el demonio las batallas del Señor.

Y es que el espíritu guerrero de Ignacio de Loyola forjó su obra como entre el ruido de tambores y clarines, que á los dos bandos enemigos de Cristo y Luzbel llamase á singular pelea; la constituyó cual aguerrido cuerpo de ejército, le dió el emblema de á mayor gloria de Dios, y quiso que se llamara *Mínima Compañía de Jesús*, nombre que desde un principio confirmó Paulo III, cuando con alegría grande, contemplaba á sus pies á Ignacio con sus primeros compañeros, que le presentaba el plan y fórmula del nuevo Instituto.

¡Ya existe la Compañía de Jesús! Con razón ruge el mal y se apresta á la lucha.

Aprobada y confirmada por la Silla Apostólica la Compañía de Jesús, dotada de admirables Constituciones por su santo Fundador, tuvo éste el consuelo de ver que de casi todos los puntos de Europa le pedían obreros formados de su mano.

El P. Simón Rodriguez va á Portugal, introduce el fervor y devoción en aquella Corte, funda el primer colegio de la Compañía en Coimbra, y con tal fuerza prende en aquel reino la semilla de la nueva religión, que muchas veces tiene que reprimir Ignacio á sus hijos portugueses en el fervor de sus excesivas penitencias y mortificaciones.

El P. Brouet pasa á Irlanda como nuncio del Papa. Claudio Jayo triunfa en Alemania contra los luteranos. Lainez y Salmerón brillan con insustituidos destellos de sabiduría en el augusto Concilio de Trento como teólogos del Sumo Pontífice. Fabre viene á España, ve surgir por doquiera colegios de la Compañía, y para entrar en ella contempla al duque de Gandía, Francisco de Borja, renunciar todos sus Estados.

Y al mismo tiempo, la lumbre de la fé penetraba con los PP. Núñez y González en los reinos de Fez y de Marruecos. Y allá lejos, en los confines del extremo Oriente, donde el sol nace, Javier, el gran Apóstol, convertía á Cristo cincuenta y dos reinos en menos de diez años, dilataba el imperio de la Cruz en una extensión de tres mil leguas, y bautizaba con su propia mano más de un millón de infieles.

El Ignacio desde Roma gobernaba con maravillosa prudencia el complicado organismo de su obra, se ejercitaba allí en obras provechosísimas de caridad, desfallecía en divinos ardores, y su inmortal espíritu se cernía sobre todos sus hijos y mantenía en ellos sus ansias de la mayor gloria de Dios.

Con este lema sublime ha realizado la Compañía de Jesús las más heroicas empresas. Colegios por todas partes levantados para aprovechamiento de la juventud. Congregaciones en honor de Nuestra Señora; Misiones por los campos y ciudades; enseñanza del Catecismo por las plazas; conversiones sin número; predicación de la santa fe en China y el Japón y en toda el Asia, las cristiandades florecientes de ambas Américas; las Abisinia, Angola y Mozambique en Africa; refida lucha en Europa contra la herejía; vida de trabajos sin cuento de abnegación sin límites, de rendida obediencia... ¡La obediencia! ¡La virtud muy amada del Santo Fundador! Ella es la savia de la Compañía de Jesús; en ella está la fuerza misteriosa que la man tiene con tanta lozaría.

Ella hizo Santos á Luis Gonzaga, Juan Berchmans y Estanislao de Kostka; ella rigió á Francisco de Jerónimo, Francisco de Regis y Pedro Claver en sus apostólicas tareas; abrazados á ella derramaron su sangre en Inglaterra en medio de los mares, en las Indias de Oriente y de Occidente, mil y mil mártires de la obediente Orden; por ella se llenó la tierra de varones ilustres y de Santos el cielo.

Y como premio á tan grande obediencia y tanto celo de la divina gloria, Dios colmó á su Compañía de innumerables privilegios, llenó de finezas regaladas, le encomendó que propagase el culto á su Corazón deífico, hizo que la Virgen Santísima la cobijase bajo su manto, y sobre todo, la de su amor: con los padecimientos y persecuciones.

Esa gracia entre todas pidió Ignacio al Señor para la Compañía, y el Señor le oyó y siempre le ha concedido el vivir coronada de espinas, perseguida por los malos, clavada en cruz, ¡muchas veces aun por los buenos insultada! Pero la Compañía de Jesús sale siempre triunfante de los embates del mal, y vive con el convencimiento de durar los siglos de la Iglesia católica.

¿No murió un día sacrificada para bien y sosiego de las naciones que obligaron á Clemente XIV á extinguirla del campo de la Iglesia? Y á la potente voz de Pío VII, ¿no volvió á surgir del sepulcro con nuevos bríos de juventud y vida?

La gloriosa tradición de la antigua Compañía es continuada en el presente siglo por los modernos hijos de San Ignacio. El mismo celo por la salvación de las almas, los mismos frutos de santidad los mismos esfuerzos por llevar la luz del Evangelio á las más apartadas regiones, las mismas persecuciones, no parece sino que las violencias del huracán, al sacudir este árbol frondoso, multiplican y robustecen su raíces, hacen crecer sus ramas, para que se extiendan hasta los últimos confines de la tierra.

¡Es que Cristo, Capitán de esa valerosa Compañía, vence, reina impera!

J. LE BRUN

Sermón corto y bueno

Estaba una vez el capellán de una cárcel exhortando á los presos que en ella se encontraban, y les decía:

—Cuando estabais en el mundo, habréis sin duda oído hablar muchas veces mal de la Religión y acaso vosotros mismos habréis

contribuido á su crítica; pues bien, hay una cosa cierta, y es que si hubiéreis practicado si empre las cosas que ella os manda, no estaríais ahora aquí.

Todos, unos en pos de otros, fueron inclinando sus cabezas como convencidos; por que uno decía: yo blasfemé y por esto el alcalde me metió en la cárcel; yo, decía otro, robé y por esto estoy en la cárcel, yo maltraté á mis padres, y por esto estoy en este lugar infame; yo gasté lo mío y lo del prójimo en lujurias y por eso me echaron en este basurero, y casi todos confesaban en el interior de sus conciencias que si hubiesen practicado lo que el catecismo y el Sr. Cura les mandaban y enseñaban no estarían tristes y sin consuelo en la cárcel.

CHARLA

—Aquí me tiene V. dispuesto á enterarme de los asuntos administrativos de «El Amigo del Pobre»... vamos, como si fuera un investigador de Hacienda.

—A quien quiera revisar nuestros libros se los presento de muy buena voluntad y más especialmente á vosotros los obreros para quienes publico «el Amigo» y á los que deseo de todo corazón su bienestar moral y material. ¡Es tan triste verlos agobiados por el trabajo y á muchos hasta sin el bien de la Fe católica, que hace llevar las amarguras de esta vida con la resignación y tranquilidad del que espera el pronto término á sus males y un gozar que no tendrá fin!

—Hoy el obrero está muy metido por otras teorías y por otros periódicos....

—¿Le hace feliz todo eso?

—Vive con la esperanza ¡también de que le hará.

—Y con ella vivió siglos y siglos sin que jamás la pudiese ver realizada. La Historia es una gran lección en esto que te digo. Ahora que, como la vida del pecado es mas ancha y cómoda, se dejan ir aunque sea al abismo, no queriendo entender de buenos consejos.

—Bastantes hay que sí; que, como viven engañados y son honrados, cuando divisan la verdad no la rechazan.

—Para esos, para esos es «El Amigo del Pobre»

—Lo ven con simpatía, créame.

—Ese es el fin á que aspiro: que me lean y que despues juzguen con recto criterio y sin prejuicios de escuela. Todo mi negocio con este papelito se reduce á invertir los ingresos en hojas de papel con sana doctrina, y, si -pudiese, á dar de vez en cuando algun dinero á familias pobres, pero ahora verás; vamos á cuentas.

—Entra en acción el investigador.

—Que deseo pregunte y mire cuanto quiera. Aquí tienes el libro de suscripciones.

—¡Caramba, muchas son las de Gijón, pero también las de fuera.

—Y aumentando todos los meses.

—Harán buena tirada.

—4.500 números por ahora y no tardando 5.000.

—¿De cada número?

—Si.

—Nunca lo creería; ya sacarán dinero por todo eso ¿eh?

—Vas á verlo ahora. ¿Sabes sumar?

—Claro que se, no siendo muchos números.

—Pues suma eso

Localidad.

Importe de las suscripciones 95' 75

Provincias.

Id id id id 80' 75

Total ptas. 176, 50

que son... cien duros lo menos cada mes ¿no?

—Te has equivocado en unos céntimos nada mas: 35 duros y 6 reales, para que lo entiendas.

—¡h... pues ahórran.

—¿Sí? Vamos á la partida de gastos,

—Yo no iba y me lo embolsaba todo.

¡Cualquiera se desprende de tantos cuartos en estos tiempos de crisis!

—Pudiendo, deben siempre pagarse las deudas.

—Si... verdaderamente, hay que portarse siempre como hombre honrado. Fué una broma mia.

—Ya lo se; te conozco hace tiempo.

—Vamos á ver la partida mas dolorosa.

«Gastos de tirada al mes 145 ptas»

—¡Rediez, allá se fué casi todo!

«Al repartidor y cobrador 10' 75 »

«Contribución 6' 60 »

—Pero... ¿cómo? ¿tambien este papelito paga contribución?...

—Ya lo creo.

—¡Oh, la Hacienda, la Hacienda!

—Concluye y suma.

«Gastos de admon, 5 ptas.»

—¿Y qué es esto?

—Pues fajas para los paquetes, reparto de «El Amigo del Pobre» por la calle, goma, sellos de cartas, impresos de recibos franqueo concertado etc etc.

—Ya, ya comprendo.

—¿Cuánto es todo?

—Espere, espere que me acelero; pondré los números en linea de combate

145

10' 75

6' 60

5

=====
Ptas. 167' 35

—¿Qué nos queda?

—Habrá que restar ¿eh?

—Eso es

—Pues queda... 176' 50 —167' 35 =9' 15

—Perder no pierden.

—No, pero ahora viene la segunda parte.

—¿Guala?

—Esta. Si todos los suscriptores de fuera pagasen con puntualidad, ese sería efectivamente el sobrante cada mes y con él, segun hemos prometido y hemos hecho al principio, cuando las demoras no eran tantas como hoy, atenderíamos al socorro de alguna familia indigente, puesto que esa no es cantidad para aumento constante de tirada.

Sucedé que, aunque no son muchos en la actualidad los suscriptores morosos, son los bastantes para entorpecernos nuestros planes y de aquí que todos los meses tengamos que andar haciendo combinaciones para no trastornar la buena marcha de la administración. Hay quien debe desde principios del año pasado.

—Ya lo estoy viendo aquí en el libro. Pues no mandarle el periódico.

—No, que quizás no pueda aún y ¿para qué hemos de privarle de la propaganda de «El Amigo» mientras no avise?

—La máquina para que ande necesita aceite.

—Dios proveerá.

—¿Y es V. solo á hacer todo esto?

—Me ayuda un jóven tan inteligente como celoso en estas cosas. He tenido tan buen acierto eligiéndole, que cada vez me alegro mas. El hace de administrador, yo... preparo los originales y le ayudo además en lo que puedo.

—¿Por amor al arte?

—Por amor á Dios y al prójimo.

—¿Pero de veras no perciben V.? nada en esta *empresa periodística*?

—No le queremos; nos conformamos con la satisfacción que proporciona el trabajar por el bien del prójimo.

—Pues que Dios les ayude á Vs que no es poca la tarea que se han echado encima.

—Y á vosotros que os proteja también, y os libre de explotadores.

El tomate, higiénico

Después de la expulsión de los moros de España, inmediatamente después, se creyó durante algunos años que el tomate era veneno y el populacho aún nos trajo hasta nuestros días, la leyenda de que aquellos nos dejaron la solanacea planta para que al ingerir su fruto, pereciesen los cristianos, pero que luego, el cultivo despejó á la fruta de sus cualidades envenenadoras.

Creo yo, que el tomate no fué planta africana y sí americana, y robustece mi creencia el que de los datos estudiados, saco la consecuencia de que es de la familia botánica del tabaco, del estramonio, la belladona, etc., etc., y de ello deduzco que se tomó por veneno, por el solo hecho de á ellas pertenecer.

El tomate, posee cualidades favorables á la digestión. En vez de irritar el intestino, como muchos creen, lo que hace es aligerarlo y de ahí se deduce que puede ser utilísimo á los tubos perezosos digestivos. En el verano, que disminuye el apetito por los efectos calurosos, alcanza mayor bondad su comida, porque nos refresca y contribuye á aumentar aquel á la par que favorece la digestión de las carnes ingeridas. Los españoles, apreciamos mucho esta comida, con salsa de dicho fruto, pero los italianos, no nos van en ello. en zaga.

El tomate, además de lo nutritivo que es, también es laxante, pero lo que más contribuye al funcionamiento del vientre, son sus granos, ó simiente. Bien es verdad que los que padezcan cálculos del hígado, no deben ingerir la menos partícula de dicho alimento, porque se agravan muchísimo con ello.

En Italia, se sirve el tomate con casi todos los alimentos; con carnes, huevos, macarromes, pescados, etc.; y en España no he de decirlo, porque todos lo vemos servir y con ello nos alimentamos.

Yo, conocí un médico que en la época en que la planta indicada nos proporciona el fruto en España, se desayunaba todas las mañanas con un tomate crudo, rociado solo con sal; y le ví aconsejar alguna vez, que como purga ligera, se tomara en ayunas, uno que precisamente se hubiera añadido una crecida cantidad de sal y luego, dejado al sereno. Conócese la purga casera, pero cuantas veces no

dan estos mejores resultados que las incluidas en la farmacopea?

Para conservar el tomate, son incontables los procedimientos conocidos, pero casi todos los industriales no son verdaderamente prácticos.

Los ví conservar en mi país, á los naturales de este modo.

Elegían fruta madura y sana—naturalmente, —la limpiaban con cuidado, la ponían en un frasco de boca ancha, despues de echarlos una gota de aceite en la parte porque estuvo adherido á la mata y luego, cubrían todo el fruto con un liquido dispuesto de la siguiente manera.

Ocho partes de agua; otra de vinagre; otra de sal común y encima de todo, una capa del mejor aceite «aceituna» que podían adquirir. Esta conserva supera muchísimo á las demás del comercio y les da exquisito gusto.

Pero ya lo dice un célebre Doctor en medicina en sus tratados, no recuerdo cual, tiene terminantemente prohibido ingerir tomate á los que padecen de cálculos del hígado ó de la vejiga, porque debiendo éste sus propiedades al ácido oxálico, y como éste ácido puede formar oxalatos, concreciones salinas, etc., acaso perfectamente contribuya á la formación de dichos cálculos biliares ó urinarios.

Ahora, si á algún lector mas ilustrado que el mísero articulista, le consta de manera verídica que fueron los árabes los que proporcionaron á España este alimento, con el sano propósito de acabar con nuestra raza. que lo diga, y propongo para aquellos un voto de gracias que bien merecido lo tienen.

Salomón Vesperinas.

¿Para qué sirven los curas?

Venían solos en un coche de tercera dos viajeros. Uno de ellos bajo y endeble pertenecía á la clase media; el otro alto y robusto comoun Hércules, era obrero. El tren paró. En el andén de la estación había un sacerdote esperando.

—¿Para qué sirve eso? dijo al obrero su compañero de viaje.

El interpelado no contestó, y el tren se puso en marcha. La estación que acababan de dejar, distaba bastante de la inmediata y para ganarla había que atravesar espesos bosques y un país muy arisco y montañoso.

Entonces el obrero dijo al otro:

—Estamos en un desierto... la estación, dista mucho de aquí y si me diera el capricho de echarme sobre usted y estrangularle y luego tirarlo por la ventanilla ¿quien habría de impedírmelo?

—¿Y qué ganaría V. cometiendo esa atrocidad? preguntó al obrero el librepensador poco tranquilo.

—Las treinta mil pesetas que lleva V. en la maleta y pasarme buena vida sin necesidad de trabajar.

—¡Treinta mil pesetas; exclamó aterrado.

—Sí, treinta mil pesetas, estaba en casa del banquero que se las entregó a V. y ví que las metía en la maleta aquella.

El libre pensador se creyó perdido y pa-

lideció como un muerto, pero el obrero le devolvió la tranquilidad con estas palabras:

—No debe V. temer nada de mí, duerma tranquilo por que para su fortuna y la mía he sido educado en el temor de Dios desde mis tiernos años por uno de esos que al partir el tren me preguntaba V. con aire despreciativo que para qué servían.

Ya sabe, pues, para qué sirven los curas.

Sección Recreativa

UN CHISTE PARA REIR
UN EPIGRAMA, UN CONTRASTE,
Y, CREYENDO ESTO NO BASTE,
ALGO PARA DISCURRIR.

—¿Qué es *revolución*? —preguntaba un baturo á otro que pasaba por sabio.

—¿*Revolución*?..... Como las *medicinas* de la botica: entran bien por la boca; pero antes de salir arman una en las tripas que ya ya.

—Te daré una *perra*, niño, si sabes dónde está Dios.

—Diga usted dónde no está y me ofrezco á darle dos.

Tan pequeño es Agustín que ayer le vió Pedro Otulga partir de España á Pekín cabalgando en una pulga. Tan grueso es Pantaleón, que cuando se mete al mar nos causa el grande pesar de inundar la población.

A. A.

CHARADAS RELAMPAGOS

Nombre de mujer y de varon;]
TODO nombre de varon.

Letra; letra y nota
TODO nombre de mujer.

Letra y arbol
TODO ¡cuidado con ellos!

Nombre y apellido
TODO, capital

(Las soluciones en el número próximo)

Correspondencia Administrativa

Sr. D. J. V.—La Magdalena. Pagado hasta fin de Abril de 1909.

Sr. R. F. Grado.—Recibida su carta del 11 Tomamos nota de lo que nos dice y gracias por todo. El día 14 le fueron los números pedidos conforme V. dispuso.

Sr. Dr. H. M.—Cadiz.—Pagó Julio.

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

Imp. de «El Popular»